

Desde Viena, Buol observaba gozoso aquellas demostraciones, las estimulaba y, sobre todo, las hacía valer á los ojos de Europa, jactándose de ellas como de un éxito personal. «Si el emperador Napoleón, decía á lord Loftus, quiso tomar el pulso á la nación germánica, ha recibido un saludable aviso (1).»

III

En medio de aquella enmarañada situación, los ánimos, perdidos en conjeturas, se volvían hacia Napoleón III, verdadero autor de la crisis y único capaz de contenerla ó precipitarla. Cuando se supo que las Cámaras francesas iban á inaugurar sus trabajos y que el emperador, con tal motivo, pronunciaría un discurso, la curiosidad se excitó hasta la pasión.

La mayor parte de los miembros del Cuerpo legislativo habían llegado de sus provincias, tristemente impresionados. En medio del país tranquilo y entregado á las tareas de la paz, las palabras belicosas del 1.º de enero habían echado una nota tan discordante que sólo el espíritu de universal sumisión contenía los gritos de reprobación dispuestos á estallar. Esperando la apertura de la Cámara, los diputados se reunían en los pasillos del Palacio Borbón, cambiaban tristemente sus impresiones y, haciendo suposiciones sin fin, trataban de penetrar el inquietante misterio. Los apologistas eran pocos y se mostraban menos tranquilos que de costumbre. En todos los grupos hubieran podido oírse vivas, prudentes y previsoras críticas, pero formuladas en voz baja, muy baja, según la manera constante de los diputados del Imperio, á quienes el silencio pareció siempre la mejor forma de la abnegación y que dejaron que el monarca sucumbiese, á la larga, bajo la acumulación de sus propias faltas, cuando quizá lo hubieran salvado con su resistencia.

El 7 de febrero era el día señalado para la sesión imperial. Abrióse en el salón de los Estados con el ceremonial de costumbre. Pero se observó que los rostros reflejaban menos alegría, que las aclamaciones fueron más raras y que una especie de malestar ansioso reemplazó la feliz expansión de los años anteriores. El emperador se sentó entre el príncipe Napoleón y su joven esposa, recién llegados de Italia. El auditorio los acogió con frialdad y casi con descortesía. Respecto al príncipe, á quien consideraban como el autor más activo de la nueva evolución, la antipatía se disimuló apenas. Respecto á la princesa, ni su juventud, ni su justa reputación de mujer virtuosa, ni su elevada alcurnia, excitaban más sentimiento que el de la compasión, como si se hubiese adivinado que aquel matrimonio, fruto de la política, sería tan funesto para su dicha privada como fatal á la patria adoptiva cuyo suelo acababa de pisar.

El discurso imperial no hizo más que complicar con nuevas nebulosidades el terrible enigma. Desde las primeras palabras de su arenga, el emperador entró en lo vivo de las preocupaciones públicas con una franqueza que gustó; pero lo único claro fué la entrada en materia. El resto se pareció á los antiguos oráculos que, se-

(1) Lord Loftus á lord Malmesbury, 27 de enero de 1859 (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, pág. 32).

gún la interpretación de una palabra, de una coma, hasta de un sonido, significaban, á voluntad del oyente, la seguridad ó el peligro, la victoria ó la derrota, la muerte ó la vida. El augusto orador aludió «á esas vagas inquietudes, á esas sordas agitaciones que, sin causa determinada, se apoderan á veces de ciertos espíritus y alteran la confianza pública.» Pareció inclinarse á la paz cuando recordó «la moderación de que tantas pruebas había dado,» y pareció inclinarse á la guerra cuando, inmediatamente después, invocó «el poderío de Francia.» Repitió la frase de su advenimiento al trono: *El Imperio es la paz*; y en seguida, como para borrar aquellos tranquilizadores recuerdos, extendióse con afectación «sobre los disentimientos con Austria en la cuestión de los Principados y sobre la intimidad de las relaciones con el Piamonte.» Para los belicosos, habló «de la situación anormal de Italia.» Para los pacíficos, añadió que «ello no era, sin embargo, un motivo suficiente para creer en la guerra.» «Mi política, continuó el emperador, no será nunca provocadora.» Esta era la nota pacífica. «Pero tampoco será nunca pusilánime,» añadió. Y esta era la nota bélica. «*Espero* que la paz no será alterada,» dijo Napoleón III con una mezcla de confianza y de incertidumbre, como si no hubiese sido dueño de la calma y de la tempestad, y único responsable de una y otra. Y como si hubiese inundado su auditorio de luz, terminó con un aplomo solemne y serio: «Os he explicado francamente el estado de nuestras relaciones exteriores.» El discurso concluía con una fanfarria casi triunfal: «Sigo contando confiadamente con vuestro concurso y con el apoyo de la nación que me confió sus destinos. Sabed que jamás ningún interés personal ni ambición alguna mezquina dirigirán mis actos. Cuando, sostenido por el voto y el sentimiento popular, sube uno las gradas de un trono, se eleva, merced á la más grave de las responsabilidades, por cima de la región ínfima en que se debaten intereses vulgares, y tiene por primeros móviles como por últimos jueces: Dios, su conciencia y la posteridad.»

El silencio, esa lección de los grandes, fué en aquel día la lección del emperador. Los oyentes acentuaron desde luego con su aprobación todo lo que en la arenga oficial parecía tranquilizador. Pero después, desconcertados, desalentados por tantas afirmaciones que se destruían, callaron hasta el fin y no se reanimaron un poco hasta que las últimas frases sonoras del discurso oficial les arrancaron algunos aplausos obligados. ¿Qué quería el emperador? ¿La paz ó la guerra? Si la paz, ¿por qué no lo proclamaba claramente? Si la guerra, ¿cuál sería su causa, su extensión y su fruto?

Una vez en el Palacio Borbón, los diputados se entregaron á ruidosos comentarios y, en su despecho, imaginaron una protesta, aunque benigna. Llamados á nombrar los presidentes y secretarios de las secciones, proscribieron de esos modestos cargos á sus colegas que se hallaban investidos de algún grado militar ó de algún empleo palaciego (2). A aquella anodina demostración de desagrado se añadió una manifestación más digna de la representación nacional. Morny, presidente del Cuerpo legislativo, osó formular en alta voz las quejas públicas. Cubrióse hábilmente con el velo

(2) Véase M. Darimon, *Les Cinq sous l'Empire*, pág. 225.

de una confianza ilimitada en el emperador, y, pagada así su deuda de lealtad, repitió la famosa máxima ya recordada en el discurso del trono: «El Imperio es la paz.» Pero, al apropiarse la arenga imperial, la desembarazó de todas las reticencias belicosas, y substituyó el comentario indeciso y contradictorio de Napoleón III con un verdadero programa claro, sensato y sobre todo oportuno. Los diputados, poco antes tan fríos en el salón de los Estados, prorrumpieron en aplausos cuando, con una solemnidad de lenguaje que no le era habitual, Morny formuló los votos de la Francia laboriosa, liberal y previsora. «La religión, la filosofía, la civilización, el crédito, el trabajo, han hecho de la paz el primer bien de las sociedades modernas, dijo el presidente de la Cámara. La sangre de los pueblos ya no se derrama á la ligera; la guerra es el último recurso del derecho desatendido ó del honor ultrajado. La mayor parte de las dificultades son allanadas por la diplomacia ó resueltas por arbitrajes pacíficos. Las comunicaciones internacionales, hoy tan rápidas, y la publicidad han creado una fuerza europea nueva con la cual todos los gobiernos se ven obligados á contar; ese poder es la opinión. La opinión puede mostrarse un momento indecisa ó extraviada, pero siempre acaba por ponerse del lado de la justicia, del derecho y de la humanidad. Esperemos que, en las actuales circunstancias, las ideas generosas, las intenciones leales y desinteresadas del emperador prosperarán en el mundo, y que, adoptadas por la simpatía de los pueblos y sostenidas por el prestigio de los soberanos, llegarán á resolver pacíficamente todas las cuestiones difíciles.»

La vía de la resistencia había sido abierta por el primer personaje del Estado y por ella se precipitaron todos. Los católicos temían que la revolución italiana disminuyese ó aboliese el poder temporal del Padre Santo. Los financieros calculaban con estupor los gastos de una guerra, por afortunada que fuese. Los industriales y comerciantes deploraban las transacciones ya raras y quizá pronto paralizadas del todo. Los bolsistas se acobardaban bajo la emoción de las bruscas noticias que, como huracanes sin causa, barrían todas sus combinaciones y destruían el edificio de su fortuna. Hasta los más indiferentes pensaban con angustia en la efusión de sangre, en el duelo de las madres, en la certeza del peligro y en la incertidumbre del provecho. Los prefectos enviaron de sus departamentos informes llenos de alarma. Varios obispos pidieron audiencia al emperador, le recordaron con energía su antigua alianza con la Iglesia y le suplicaron que no diese la mano á los enemigos de Pío IX (1). Nuestros agentes diplomáticos enviaron despachos llenos de previsores avisos y señalaron ya los primeros frutos de la política nueva, la revolución alentada, Alemania irritada ó recelosa, la vieja Europa desorientada. Así se formaba en torno del emperador una oposición, no osada, sino tímida, que envolvía sus respetuosos reproches en expresiones de abnegación, cuando no protestaban con un triste silencio. Era la oposición de los amigos de los primeros días, amigos aún no separados, pero que ya declinaban en el favor del monarca. Casi todos, en aquel momento

(1) Véase principalmente Mgr. Besson, *Vie du cardinal de Bonnechose*, tomo I, págs. 385 y siguientes.

supremo, se unían en un mismo voto y en un mismo ruego. Aquel voto era el de una política francesa, y no italiana; aquel ruego, ruego llevado hasta la súplica, se resumía en una sola palabra: LA PAZ.

IV

Por discreta que fuese aquella oposición, sus síntomas eran visibles hasta más allá de las fronteras. El gabinete británico se apoyó en ella para continuar su misión de apaciguamiento.

El 13 de febrero, lord Malmesbury, en un despacho á lord Cowley, le expuso el plan de una acción simultánea de Inglaterra cerca de los gobiernos de Viena y de París. Tratábase no de una mediación, ni menos de un arbitraje, sino de una simple intervención amistosa, cordial é íntima entre dos potencias separadas por manejos interesados ó sensibles faltas de inteligencia. El jefe del *Foreign Office* reducía á cuatro los puntos principales de la cuestión italiana: cesación de la ocupación extranjera en los Estados pontificios; reformas administrativas en el reino lombardo-véneto y en los Estados secundarios de la Península; mejora de relaciones entre el Piamonte y el Austria; revisión de los tratados particulares entre el gobierno de Viena y las cortes de Parma y Módena. Lord Malmesbury encargaba á lord Cowley que sondease las miras del gobierno francés y obtuviese de él que precisase sus quejas.

El tiempo era precioso. Inmediatamente después de haber recibido aquel importante despacho, lord Cowley se apresuró á comunicarlo á Walewski. Este tomó las órdenes del emperador y fué á anunciar cortésmente al embajador británico que su soberano aceptaba con la más sincera gratitud los buenos oficios de Inglaterra. Esto era de buen augurio. Pero lord Cowley se sintió algo desconcertado, cuando, después de interrogar al ministro sobre la cuestión italiana, éste le expuso todo un programa, programa tan vasto que la revolución misma podía entrar en él sin quebrantarlo. Francia deseaba la abrogación de todos los tratados particulares entre Austria y los Estados secundarios de la Península. Perseguiría el establecimiento de una confederación italiana. Respecto á los Estados de la Iglesia, juzgaba necesario que las Legaciones tuviesen una administración separada. «Sin embargo, no forzaremos la mano al Padre Santo,» añadió Walewski, intérprete de los pensamientos del emperador, que quería despojar al papa, pero despojarlo por la persuasión. Según el proyecto del gobierno imperial, un subsidio de las potencias católicas indemnizaría á Pío IX de sus sacrificios. Lord Cowley escuchó con silencioso asombro aquella larga enumeración. Cuando Walewski hubo concluído, el ministro inglés replicó: «Ninguna de esas proposiciones es incompatible con las miras de la Gran Bretaña; pero dudo que sea posible hacerlas adoptar en Viena. — ¡Oh!, repuso el ministro en el tono más conciliante, no presentamos ningún *ultimátum*, sino que formulamos simples votos.» Y, atenuando en seguida su lenguaje, aludió á ciertas reformas en Lombardía, á ciertas conexiones que calmarían la efervescencia en Italia y harían más fácil la solución del conflicto. Reiteró al embajador la seguridad de que no le faltarían las simpatías de su gobierno y lo hizo con una cordialidad que no sólo de-

notaba sus sentimientos personales, sino que además permitía esperar, en el propio soberano, mejores disposiciones (1).

Atendido en París, lord Cowley ¿lo sería también en Viena, adonde tenía que ir á completar su doble misión por encargo de su ministro? Lord Malmesbury no lo dudaba. Sin embargo, en 20 de febrero, telegrafió á lord Loftus á fin de que se asegurase del asentimiento del gabinete austriaco. La contestación fué tal como era de esperar. El Sr. de Buol anunció que el emperador abrigaba un ardiente deseo de paz, que por consiguiente recibiría con particular benevolencia al mensajero de Inglaterra, y que, una vez que su honor y los tratados quedasen en salvo, estaba dispuesto á tender á Francia una mano amiga.

Lord Cowley salió de París, y antes de partir para Viena, estuvo en Londres, donde lord Malmesbury le dió las últimas instrucciones, si es que tal nombre merecía el encargo contenido en estas vagas palabras: «No tenéis que formular ni provocar proposiciones; conociendo las opiniones de Francia y las del gobierno de la reina sobre la situación de Italia, las comunicaréis al gobierno austriaco y apreciaréis hasta qué punto se conciliarían con las del conde Buol. Juzgaréis entonces á costa de qué y por qué medios podría renacer la armonía entre Francia y Austria (2).» La *misión Cowley* era difícil. El embajador iba á negociar: pero ¿sobre qué? El mismo no lo sabía, ni su jefe tampoco; en Viena lo ignoraban igualmente, y hasta en París el omnipotente y débil emperador de los franceses se inclinaba bajo el peso de sus compromisos, demasiado débil para sacudirlos y no tan obcecado que no viese sus peligros. Sólo un hombre dominaba: Cavour; él era quien, mediante el largo trabajo que hemos descrito, había preparado aquella gran confusión; él era quien había formado con tiempo la *cuestión italiana*, cuestión compleja, ondulante, de veinte aspectos diversos y propios todos para excitar la discordia, cuestión enmarañada de intento para desconcertar ó desalentar á los diplomáticos, cuestión á la cual se daría vueltas y más vueltas hasta que al fin ocasionase la guerra.

El Austria, directamente amenazada, observaba, en alternativas de calma y de cólera, la tremenda crisis surgida de sus posesiones italianas. Tenía puesta su atención, no en el Piamonte, que era objeto de su desdén, sino en Napoleón III. En la ansiedad general, los políticos de Viena interrogaban con avidez á todos los viajeros notables que llegaban de Francia: un día el interrogado era el Sr. de Lesseps que iba á Oriente; otro día era el general español Narváez, que había pasado una larga temporada en París. Todos juzgaban con severidad la conducta del emperador de los franceses, y temían que se hubiese metido en un desfiladero sin salida (3). El público vienés recogía también las impresiones del anciano príncipe de Metternich, último superviviente de las negociaciones de 1815 y el representante más imponente de la política que se quería abolir. El príncipe consumía en la estupefacción y en la cólera

(1) Lord Cowley á lord Malmesbury, 16 de febrero (*Correspondence respecting the affairs of Italy*, págs. 50-51).

(2) *Correspondence respecting the affairs of Italy*, pág. 55.

(3) Metternich, *Mémoires*, tomo VIII, págs. 615 y siguientes.

los restos de su larga vida, tan próxima á extinguirse (4). Ora señalaba «el caos de los sofismas que cundían por el mundo (5);» ora, á falta de otro motivo plausible, explicaba por el temor de los asesinos italianos la conducta extraordinaria de Napoleón III (6). En los círculos militares la irritación era extrema, y como la nación estaba dispuesta para la guerra, la oficialidad no estaba lejos de desealarla. En cambio, el tono de la prensa, á pesar de algunos accesos de mal humor altivo, era en general bastante prudente. La *Correspondencia austriaca*, órgano oficioso, daba el ejemplo de la moderación y pronosticaba la paz, ya porque creyese realmente en ella, ya porque juzgase hábil creer en la misma.

En medio de tales circunstancias, llegó lord Cowley á Viena el 27 de febrero. Fué muy bien recibido. El 28 celebró una conferencia con el emperador Francisco José, y en los días siguientes tuvo varias entrevistas con el conde Buol. Sobre los *cuatro puntos* que, á los ojos del gobierno inglés, resumían la cuestión italiana, el jefe del gabinete vienés dió explicaciones muy claras. No tenía inconveniente alguno en que cesase la ocupación de los Estados pontificios; pero quería que la retirada de las tropas fuese pedida por el papa ó al menos consentida por él; además, consideraba prudente que las salidas de tropa fuesen escalonadas á fin de que el Padre Santo tuviese bastante con sus propias fuerzas. Respecto á las reformas administrativas á realizar en Nápoles, en Módena, en Parma y en los Estados de la Iglesia, mostróse dispuesto á ayudar á realizarlas, pero advirtió que, si estaba dispuesto á aconsejarlas, no llegaría nunca al extremo de imponerlas. Respecto á Cerdeña, Buol manifestaba su deseo de que las relaciones fuesen buenas y hasta excelentes; mas para que lo fuesen, era en Turín y no en Viena donde había que multiplicar las observaciones. «Estamos resueltos, decía el canciller austriaco, á no romper las hostilidades si Cerdeña se abstiene de todo ataque contra nosotros ó contra nuestros aliados de Toscana, Parma ó Módena. Sobre esto estamos dispuestos á firmar un compromiso. Dudo que el gabinete de Turín consienta en formular semejante promesa.» Quedaba por examinar la cuestión relativa á los tratados particulares con las cortes secundarias de Italia. Estos eran evidentemente contrarios al espíritu del congreso de Viena que, al constituir en beneficio del Austria el reino lombardo-veneto, no había entendido que su influencia ó sus armas fuesen más allá. Como lord Cowley hubiese insistido sobre su abrogación, Buol replicó como ya lo había hecho con lord Loftus: «Las convenciones que se nos reprocha fueron concluidas, no para nuestra ambición personal, sino para la seguridad de los príncipes que solicitaron nuestra protección. Podríamos despojarnos de un derecho, pero no podemos abdicar un deber. Los tratados impugnados son legítimos, tan legítimos y á buen seguro menos alarmantes que los que, al parecer, se han estipulado recientemente entre Francia y el Piamonte ó entre Francia y Rusia.» Ni aun en ese orden de ideas el conde Buol se negaba á una transacción. Pero hacía observar que, á falta de la protección del Austria, había que asegurar á los pequeños principados otra salvaguar-

(4) Murió el 11 de junio de 1859.

(5) *Mémoires*, tomo VIII, pág. 623.

(6) *Mémoires*, tomo VIII, pág. 641.

dia. A este fin insinuaba dos medios: ó una liga de los pequeños Estados italianos, ó la *neutralización del Piamonte*. Esta última combinación, del todo inesperada, le gustaba mucho, é insistía sobre ella con malicia, juzgando que sería ventajosa para todo el mundo, para Italia que gozaría de una gran tranquilidad, y para el mismo Piamonte que escaparía á las costosas cargas de su quimérica grandeza.

Este lenguaje era leal y, á pesar de algunos arranques altaneros, no era de un Estado belicoso. En esto, un conjunto de noticias favorables reanimó un poco las esperanzas de los amigos de la paz. Sir James Hudson escribió de Turín que Cavour encontraba en la crisis financiera de su país y en las disposiciones de las clases medias cierta resistencia á sus designios. En la Italia central, la diplomacia inglesa trabajaba con celo á fin de que los príncipes reinantes renunciase al beneficio de sus tratados con el gobierno de Viena, con lo cual desaparecería uno de los pretextos de conflicto. En Londres, el duque de Malakof, embajador de Francia, tranquilizaba al gobierno inglés respecto á los preparativos militares de su país y afirmaba con su indiscutida competencia que el emperador no estaba preparado para la guerra (1). Varios agentes diplomáticos franceses, ya porque se dejasen engañar por la exterioridad de las cosas, ya porque tomasen sus deseos por realidades, proclamaban en voz alta los sentimientos pacíficos de su monarca: así hablaba el ministro de Francia en Turín, Sr. de La Tour de Auvergne. A esos síntomas se añadió una importante declaración oficial. El 5 de marzo, un largo artículo del *Monitor* desmintió todos los rumores de armamentos extraordinarios, afirmó que el emperador no había prometido al rey de Cerdeña más que una cosa, y era defenderlo contra toda agresión del Austria, clamó enérgicamente contra los vagos y absurdos rumores propalados por la prensa, concluyó anunciando que el examen de las cuestiones en litigio había entrado en la vía diplomática y que nada autorizaba á temer un desenlace desfavorable á la paz. Con esta nota los alarmistas se tranquilizaron un poco, y la Bolsa experimentó uno de esos movimientos en alza que hacía tiempo no se habían producido. Tres días después se supo que el príncipe Napoleón acababa de abandonar el ministerio de la Argelia. La opinión pública vió en esta dimisión una caída en desgracia y se alegró, pues el príncipe, á causa de su matrimonio y de sus disposiciones personales, parecía cerca del emperador el principal abogado de Italia.

Lord Cowley aún se encontraba en Viena cuando aquellas señales mejores vinieron á despejar un poco el horizonte político. El día 9 de marzo, en un largo despacho á lord Malmesbury, el embajador inglés resumió las impresiones de su viaje. Se mostraba altamente satisfecho del gobierno austriaco, y esperaba que el gobierno de Viena sabría resistir á las provocaciones sin responder á ellas. Pero había tropezado con la idea fija de que Francia estaba decidida á la guerra, que Napoleón III, olvidando sus antiguos servicios á la causa del orden, había cambiado de ruta, y que el ejército sardo sería la vanguardia del ejército francés. De ahí una desconfianza difícil de curar y la persuasión de que

(1) *Correspondence respecting the affairs of Italy*, pág. 68.

tarde ó temprano se romperían las hostilidades. Lo único que podía restablecer la confianza era el *desarme de la Cerdeña*. En este caso, Austria suspendería inmediatamente sus preparativos, y todo lo demás podría arreglarse en veinticuatro horas. Para que el Piamonte desarmase, se necesitaba una palabra, una sola, pero enérgica, procedente de París. Era, pues, hacia las Tullerías que habían de converger todos los esfuerzos, todas las observaciones, todas las súplicas. Tal era la opinión clarísima que lord Cowley traía de su misión.

En 10 de marzo, el embajador inglés salió de Viena. Atravesando Alemania, pudo observar en ella los síntomas de la patriótica agitación que se propagaba cada vez más. En Munich, en Stuttgart, en Hanóver, la prensa revelaba una viva excitación y las Cámaras votaban mociones enérgicas recomendando á los gobiernos la mayor vigilancia. Hasta se recordaba el artículo 47 del congreso de Viena que autorizaba la intervención de la Confederación germánica, cuando uno de los Estados confederados se hallaba amenazado, aunque lo estuviese en sus posesiones no alemanas. En medio de aquella mezcla de temores y esperanzas, lord Cowley regresó á París, donde estaba el verdadero puesto de observación y vigilancia que no había que abandonar.

V

Mientras la diplomacia acudía á todos los medios imaginables para apaciguar la querrela, Cavour procuraba atizar la discordia, exasperar á su adversario, inventar cargos, en una palabra, crear causas de conflicto, atento sobre todo á cerrar delante del emperador indeciso y turbado todas las vías de arrepentimiento ó de regresión.

Su lenguaje no era ya reservado, insinuante, hábilmente graduado como antes, sino que, por el contrario, estaba lleno de amenazas y era intencionalmente provocador. Al discutirse en la Cámara de los diputados primero y en el Senado después la ley de empréstito, Cavour denunció en términos claramente agresivos los tratados particulares de Austria, la opresión que pesaba sobre la Lombardía, las extensiones arbitrarias de la dominación tedesca allende los Alpes. El 1.º de marzo, en un memorándum dirigido á Inglaterra, resumió las quejas de los pueblos italianos y los remedios que juzgaba necesarios; estos remedios eran: un gobierno autónomo para la Lombardía, para Venecia, para todas las provincias pontificias situadas al Este del Apenino; un amplio régimen de reformas administrativas en toda la Italia central; la rescisión de todos los convenios especiales que habían convertido á Módena, Parma y Toscana en otros tantos feudos del imperio austriaco. La gaceta semi-oficiosa, *L'Opinione*, acentuaba los pensamientos del primer ministro sardo. Tan pronto como se enteró de la misión Cowley, predijo que fracasaría, y luego anunció que Austria se negaba á toda concesión y que los esfuerzos de Inglaterra eran estériles. Menos discretos que su jefe, ciertos agentes piamonteses revelaban abiertamente la política de su rey. Tal era el Sr. de Barral, ministro de Cerdeña en Francfort, quien proclamaba que el auxilio de Francia era seguro, que el plan consistía en arrojarse á los austriacos allende los Alpes, que se formaría un reino de Italia

septentrional, y que, en cambio, el rey Víctor Manuel cedería á Napoleón III Niza y la Saboya (1).

Del uno al otro confín del Piamonte, los periódicos hablaban de la guerra como si ésta hubiese sido ya declarada. No se pensaba más que en la lucha. Una ley acababa de reorganizar y aumentar la guardia nacional. Habíanse creado comités para reclutar, equipar y armar voluntarios, y hasta para asegurar socorros á los heridos, como si se estuviera en vísperas de la batalla. La *Sociedad nacional* había cimentado la unión entre el partido ministerial y la parte más activa del antiguo partido mazziniano. A principios de marzo llegó de Génova una comisión de republicanos que se brindaron á sostener, para la liberación nacional, la dictadura militar de Víctor Manuel (2). De ahí una apariencia de unanimidad ruidosa en favor de la guerra: bajo aquel tumulto, la voz de la prudencia era ahogada, y los menos optimistas, cansados de resistir al torrente, se abandonaban á él. La escasez de dinero era grande, pero con tal de poder hacer frente á las necesidades inmediatas del armamento, lo demás se confiaba á la suerte. El ministerio piamontés consagraba sus cuidados más urgentes á aumentar dichos armamentos. Casi todos los cuerpos de ejército habían sido ya concentrados en Alejandría y Casal ó se hallaban escalonados en las márgenes del Tesino.

Cavour buscaba en todas partes, con infatigable perseverancia, un pretexto para reclamar el auxilio de Francia y encender la guerra. En una extensa carta al príncipe Napoleón, estudiaba el mejor medio de impacientar al enemigo y tenderle el lazo en que al fin caería. Muchos jóvenes lombardos, decía, pasan la frontera y vienen á sentar plaza en nuestro ejército; Austria los reclamará, nosotros los negaremos, de ahí sin duda una causa de ruptura. He aquí otra, añadía Cavour, impaciente de lucha: Austria realiza grandes obras en Placencia, nosotros dejaremos que las continúe y luego de pronto reclamaremos su destrucción; ella resistirá y esa resistencia será la ocasión del conflicto (3).

Los días que aún faltaban para el momento supremo, Cavour los empleó en completar la red de intrigas que, mediante la guerra, habían de valerle toda la Italia central. Las provincias modenesas situadas al Occidente del Apenino estaban maduras para un cambio de amo; para aumentar entre la juventud el movimiento de deserción, se hizo correr la voz de que el príncipe reinante meditaba una leva y que los reclutas serían obligados á servir bajo la bandera de Austria. En Parma los manejes no eran menos activos. En cuanto á la Toscana, Cavour excitaba á La Farina á que crease en ella una viva corriente en favor de la independencia italiana y de la alianza piamontesa. En Turín redactóse en igual sentido una petición que fué enviada á Florencia, desde donde fué reexpedida al Piamonte como un producto espontáneo del liberalismo florentino. La dulce y blanda Toscana proporcionó dinero, más dinero que voluntarios. La consigna era propagar mucho más las ideas de nacionalidad que las de reforma ó de constitu-

(1) Véase *Correspondence respecting the affairs of Italy*, página 87.

(2) Guerzoni, *Vita di Nino Bixio*, pág. 123.

(3) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo VI, páginas 366 y 370.

ción. Así pensaba La Farina (4); así pensaba el barón Ricasoli (5). El promotor, el amigo, el confidente de los liberales florentinos era el representante oficial del Piamonte, Sr. Buoncompagni, y como á éste le repugnaba algo minar al gobierno cerca del cual estaba acreditado, Cavour procuraba vencer sus escrúpulos (6). En su correspondencia con los comités de la *Sociedad nacional*, La Farina rasgaba los últimos velos: «No olvidéis que la guerra estallará en abril,» decía, dando á comprender además que el emperador había contraído con el Piamonte indisolubles compromisos. Las instrucciones ya transmitidas en octubre fueron renovadas, pero con más precisión. En el momento de la declaración de la guerra, y en manera alguna antes, la insurrección estallarí al grito de: ¡Viva Italia! ¡Viva Víctor Manuel! Depósitos creados cerca de las fronteras proporcionarían armas para el levantamiento. Cada conjurado, como para una verdadera movilización, se incorporaría al centro más próximo. Una vez la insurrección triunfante, el más osado ó el más notable se apoderaría de la dictadura con el nombre de *comisario provisional del rey Víctor Manuel*; destituiría á los funcionarios sospechosos, establecería consejos de guerra, suprimiría todos los periódicos, organizaría las quintas, todo so color de libertad; á fin de ganar voluntades, suprimiría luego ruidosamente los impuestos más impopulares, ó les cambiaría el nombre, aunque los mantuviese y hasta los recargase (7). Tal era el estado de la Italia central, todavía oficialmente en paz y bajo la autoridad nominal de sus príncipes. A dichos príncipes Cavour les enviaba nota tras nota para reprocharles el olvido de las reglas de buena vecindad y del derecho internacional. Hasta en el territorio directamente sometido á sus armas costábale trabajo al Austria contener los ímpetus del patriotismo excitado. Por aquel entonces, un joven veneciano, el conde Emilio Dándolo, ex voluntario de 1848, ex soldado de Crimea, murió en Milán. La concurrencia inmensa del pueblo y la explosión del sentimiento público transformaron sus funerales en una verdadera manifestación, y los rigores de la policía, lejos de abatir la efervescencia, la aumentaron. En Turín, el mismo día de las exequias, Cavour asistió á un servicio fúnebre en sufragio del alma del difunto; asistieron igualmente los más altos personajes oficiales y todos los jefes del partido liberal, de modo que la ceremonia, más que un homenaje piadoso á la memoria del ex voluntario, pareció un nuevo reto contra el Austria.

A principios de marzo, Cavour tuvo indicios de los esfuerzos extraordinarios intentados en favor de la paz. Sus temores fueron extremos. ¿Qué iba á ser de su obra y de sí mismo si Napoleón III, su protector y su instrumento, sacudía de pronto su cadena? Ante tan gran peligro, el ministro sardo, en vez de moderar su marcha, resolvió precipitarla. El 4 de marzo, en un banquete ofrecido á M. Gladstone que pasaba por Turín, Cavour

(4) *Epistolario di La Farina*, tomo II, pág. 133.

(5) *Lettere e documenti del barone Bettino Ricasoli*, tomo II, página 466.

(6) *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, página 23.

(7) Instrucciones secretas de la Sociedad nacional italiana, de 1.º de marzo de 1859 (*Epistolario di La Farina*, tomo II, páginas 137 y 138).

se acercó á sir James Hudson, le manifestó el vivo sentimiento de que Austria quisiese poner su ejército en pie de guerra (1), y añadió: «Siento tanto más esa decisión cuanto que nos impone una medida igual, es decir, el llamamiento de todos nuestros contingentes.— Espero, replicó Hudson, que reflexionaréis antes de tomar una resolución que disminuiría grandemente las probabilidades de paz.» Cavour insistió, comparó las fuerzas modestas de Cerdeña con los formidables ejércitos de Austria, citó números y hasta invocó varias veces el testimonio del general La Marmora, que asistía al festín. Cediendo á nuevas súplicas, consintió en esperar una semana, á fin de poder saber el resultado de la misión Cowley. Esta concesión no era más que un ardid. Al día siguiente, en Turín se tuvo noticia de la nota pacífica del *Monitor* y de la dimisión del príncipe Napoleón. Decididamente el partido de la paz ganaba terreno en París. El rey y su ministro juzgaron que en tan extremas conjeturas la temeridad valía más que la prudencia. Afirmóse que Víctor Manuel, en una carta al emperador, le reprochó su abandono; dijo que, solo y todo, el Piamonte probaría la suerte de las armas, y añadió que, vencido, no bajaría del trono sin dar á conocer al mundo los motivos de su conducta y los altos estímulos que la habían dictado (2). El día 6, un consejo de ministros discutió las importantes medidas militares que harían casi imposible todo paso hacia atrás. En esto, un despacho enviado por lord Cowley á sir Hudson le informó que el Austria se comprometía formalmente á no atacar al Piamonte. Hudson se apresuró á comunicar la buena nueva á Cavour. «Ya es tarde, contestó éste; el decreto está firmado.» El 9 de marzo, en efecto, la *Gaceta Oficial* anunció que todos los militares licenciados ó mantenidos en sus hogares, desde la clase de 1832 hasta la de 1828, eran llamados al servicio activo.

VI

Dos políticas se hallan en presencia una de otra en el momento histórico que ocupa nuestra atención. Una de estas políticas se halla personificada en la nota pacífica del 5 de marzo; la otra, en el llamamiento de todos los contingentes sardos. La primera es la de la Francia previsora y laboriosa, la de los consejeros leales y prudentes que vislumbran de lejos la tempestad y la anuncian, la de los diplomáticos sinceros que, aunque turbados por toda clase de misiones secretas, paralelas ó contrarias, tienen el valor de decir la verdad, y la dicen por patriotismo, por presentimiento de lo porvenir, aun á riesgo de su favor ó de su fortuna. La segunda es la de Cavour. Entre estas dos políticas, Napoleón III es árbitro, árbitro que no tiene más que una palabra que pronunciar, con la condición de que esa palabra salga al fin de las trivialidades solemnes, de los enigmas cándidos ó sentimentales, y sea lo que todo el mundo desea, reclama y espera, una palabra de precisa y soberana voluntad.

(1) El Austria acababa de ordenar la movilización de una parte de los cuerpos de ejército números 2, 3, 5, 7 y 8. (Véase *Der Krieg in Italien*, 1859, tomo I, pág. 3, Viena, 1872.)

(2) Chiara, *Lettere edite ed inedite di Camillo Cavour*, tomo III, página 66.

En la noche del 16 al 17 de marzo, lord Cowley regresó á París. A la mañana siguiente fué á ver á Walewski. Antes de hacerle la menor pregunta, éste se apresuró á exponerle el estado de los negocios en Francia. La nota del 5 de marzo y la dimisión del príncipe Napoleón eran los indicios visibles de una política de conciliación; en cambio, la hostilidad de la Confederación germánica había ofendido al emperador y excitado el sentimiento nacional. El ministro insistió mucho sobre las manifestaciones del pueblo alemán, hasta las exageró un poco, ya porque en esto fuese sincero, ya porque quisiese cubrir bajo aquel pretexto la evolución de su soberano. Concluyó haciendo votos por la paz, pero con cierta frialdad que no era de buen augurio.

Sólo entonces pudo lord Cowley dar cuenta de su misión. Sin dejarse desconcertar por aquel lenguaje más alarmante que favorable, hizo valer las excelentes disposiciones del Austria y sobre todo la claridad con que el gabinete de Viena repudiaba por el presente y para lo futuro el papel de agresor. En las márgenes del Danubio, lo único que causaba inquietudes eran los armamentos de Cerdeña, que dejaban conjeturar el apoyo prometido, la asistencia segura de Francia. Si ésta quería realmente la paz, se le ofrecía una magnífica ocasión de mostrarlo aconsejando al Piamonte que desarmase. Este solo consejo, dado con autoridad, bastaría para apaciguarlo todo. Tales eran, dijo al terminar lord Cowley, los sentimientos y las miras del emperador Francisco José.

Walewski había dejado hablar á su interlocutor sin interrumpirlo. Cuando hubo terminado, le dió cortésmente las gracias por sus esfuerzos, le felicitó por su viaje, hizo justicia á las buenas intenciones del gabinete británico, y tranquilamente, sin inmutarse, le dió á comprender que sin duda sus esfuerzos de nada servirían, que su misión tendría á lo sumo el valor de una simple excursión diplomática, que durante su ausencia había surgido otra combinación que parecía prevalecer. Como lord Cowley escuchaba con una mezcla de sorpresa y decepción aquel extraño lenguaje, el ministro le anunció que hacía ya dos días que no se trataba de él ni de su embajada, que la querrela sería apaciguada, si había de serlo, no por la mediación de Inglaterra, sino por un congreso.

¿Qué significaba aquel nuevo golpe de efecto teatral? ¿Qué había ocurrido? En 15 de marzo, el Sr. de Kisselef, embajador ruso en París, había tenido una audiencia con el emperador. En esa audiencia había insistido sobre la extensión del conflicto, sobre la agitación que de Italia se propagaba á Alemania, y había emitido la idea de someter á un congreso una desavenencia que ya no interesaba sólo al Piamonte, sino que interesaba á toda Europa. Los gobiernos de las Tullerías y de San Petersburgo se habían echado mutuamente la iniciativa de la proposición. Finalmente, se había convenido que la nueva combinación sería presentada bajo el patronato y los auspicios de Rusia.

Por las apariencias, aquel congreso, más que un medio de conducir á la paz, semejava una máquina de guerra. Interceptaba la misión Cowley, como para sumir de nuevo en la confusión á Europa que renacía á la esperanza. Destruía, so pretexto de reanudarle sobre más anchas bases, el trabajo tan penosamente empeza-